

EL DÍA QUE ME CAMBIÓ LA VIDA de Rodrigo Morán

Tan solo tenía quince años cuando ocurrió, pero jamás lo olvidaré.

Como cualquier otro día de los últimos tres veranos, mi madre nos mandó a mí y a mi hermana pequeña a comprar el pan en la panadería del barrio; a escasos doscientos metros de nuestra casa. Llevábamos haciendo la misma ruta los últimos dos meses y medio, pero ese 23 de agosto todo cambió.

Yo ya estaba hasta las narices de ir todos los días vigilando a mi hermana pequeña para ir a comprar el pan mientras todas mis amigas salían y se divertían. Tenía que encontrar la forma de cambiar las cosas, y no se me ocurrió una mejor idea que “sobornar” a mi hermanita.

Ese día, cuando ya habíamos bajado al portal, hice un trato con mi hermana antes de salir a la calle: ella se iba como siempre, con su pequeña bicicleta rosa y blanca a la panadería, a cambio de que yo le diera ciento cincuenta pesetas; y así, yo tendría algo de tiempo de hablar con mis amigas, antes de que tuviéramos que volver a casa juntas como si no hubiese pasado nada. El plan era perfecto, y las dos estábamos satisfechas con el acuerdo, así que nada debería salir mal...

Inmediatamente después, ambas salimos del portal, cada una hacia un lado diferente. Yo fui hacia la derecha, donde poco más adelante se encontraban todas mis amigas en el mismo banco de siempre. Me faltaban apenas dos metros para llegar cuando, de repente, escuché

un fuerte frenazo, el ruido de los cristales rotos y numerosos gritos provenientes de mi espalda. Algo serio había ocurrido.

En ese momento, aun sin saber nada, no sabía qué había podido pasar; pero las caras cada vez más estrambóticas de mis amigas por delante de mí me hicieron ponerme en lo peor.

Decidí darme lentamente la vuelta sobre mí misma, rezando todo lo que sabía; esperando que lo que fuera a ver en ese momento no fuera lo que me estaba pasando por mi mente.

Tristemente, mis oraciones no surtieron efecto.

Sin saber en ese instante si estaba haciendo lo correcto o no, salí corriendo, incluso más rápido de lo que yo misma esperaba, hacia el lugar del accidente; apartando como podía las decenas de curiosos que se amontonaban ya alrededor.

Sigo hoy día sin saber de dónde, pero en ese momento, al llegar al lugar de la catástrofe, saqué el valor suficiente para coger el cuerpo inerte de mi hermanita en brazos, y mirar al cielo pidiendo perdón. En ese mismo instante, al alzar la cabeza, pude ver el rostro empapado en lágrimas de mi madre asomado por la ventana, y cómo desaparecía tras las cortinas segundos después para bajar junto a mí y llorar la pérdida de mi hermana pequeña a mi lado.

Desde ese día, 23 de agosto de 1983, nada volvió a ser igual en mi vida: cada vez que atravesaba una carretera, cada vez que veía una bicicleta, o incluso cada vez que me cruzaba con un coche no podía olvidar ese fatídico día. Había algo en mi cabeza que me atormentaba desde entonces. Sin embargo, aún contaba gracias a Dios con el apoyo de mi madre, que había sabido perdonar y entender a una arrepentida adolescente de tan solo quince años en aquellos momentos difíciles para ambas; algo por lo que siempre le estaré agradecida.

Por el contrario, ese pilar indispensable que me mantenía a flote aún después de lo ocurrido, ese oxígeno del que se alimentaban mis pulmones cada día; me abandonó algunos años después, ya en el 2003; cuando por mucho que luchamos juntas durante meses e incluso años, un tumor cerebral se llevó por delante a mi madre. Ya no me quedaba nada, lo había perdido todo.

Un padre asesinado por ETA al que ni siquiera conocí, una hermana pequeña atropellada en un accidente de tráfico y una madre fallecida por un tumor cerebral: todas las personas importantes de mi vida se habían esfumado sin apenas esperarlo. Ya no sabía qué hacer.

Desde el funeral de mi madre todo en mi vida volvió a empeorar: veía a mi hermanita por todas partes, y cada vez me daba más miedo salir de casa. No podía soportarlo, por lo que decidí no volver a salir de casa.

Llevo viviendo atormentada dentro de mi pequeño piso los últimos ocho años, y ya no hay nada que pueda sanar mi locura. Me paso los días viendo las horas correr; sin ninguna obligación, sin nada que temer dentro de mi propio refugio, dentro de mi oscuro caparazón.

Gracias a Dios, encontré recientemente y por casualidad una forma de apaciguar y calmar mi dolor: pasarme las horas, e incluso los días, sentada en mi sillón de piel rojo frente a la ventana de la sala de estar, desde donde se aprecia el patio del colegio del otro lado de la calle.

Disfruto viendo a los jóvenes niños y niñas jugar y saltar, aprovechando esos años de juventud e inocencia, en los que se vive sin obligaciones ni preocupaciones, sin saber que en un breve instante tu vida puede dar un vuelco inesperado, como me ocurrió a mí.

Todos los días salen al recreo a la misma hora, para saltar a la comba y jugar al fútbol, correr y hablar entre ellos... para hacer todo aquello que mi hermana apenas pudo disfrutar. Yo siempre los espero ansiosa desde la distancia y el silencio, pensando en todo aquello que me habría gustado hacer con mi hermanita.

Jamás me cansaré de verlos y observar como disfrutaban. Son ellos los que me hacen creer que, allá donde esté, mi hermanita sigue viva.

Sin embargo, hoy vuelve a comenzar el verano, y ese patio de recreo del colegio se quedará desierto de nuevo hasta el próximo curso; arrebatándome durante casi tres meses mi mayor entretenimiento.

Así pues, no me ha quedado otra opción que buscarme otro pasatiempo con el que matar las horas; y no se me ha ocurrido otra cosa que ponerme a escribir este rollo que ahora mismo te estás tragando sin pestañear.

He descubierto que escribir y expresar todo esto me está sentando de maravilla, así que quiero que este sea el primero de muchos días escribiendo mi propio diario, el primero de muchos días llenando hojas y hojas de todas esas historias que aún me quedan por contar.

Ainara Ochoa, la escritora del momento, recibe el Premio Planeta por su novela "El día que me cambió la vida".

Ainara Ochoa saltó al mundo de la fama en el pasado mes de agosto con el lanzamiento de su primera novela, titulada "El día que me cambió la vida". En ella, relata parte de su trágica historia; desde el fallecimiento de su hermana menor hasta el presente.

Publicada el día 23 de agosto de 2023, pretende además homenajear el 40 aniversario del fallecimiento de su hermana pequeña, a la que afirma echar de menos cada día.

Según ella misma nos comentaba, le ha llevado algo más de una década escribir esta novela, que comenzó siendo un simple diario con el que desconectar de ese mundo que tanto daño le hacía, recordándole una y otra vez el catastrófico día en el que perdió a la que ella sigue llamando hoy día como su “hermanita”.

Tras haber superado el millón de ejemplares vendidos en poco más de un mes, y haber recibido unas críticas excelentes por parte de todos los medios nacionales e internacionales; ayer por la noche su novela resultó ganadora del Premio Planeta 2023, aumentando así la amplia variedad de galardones que ya posee su exitosa novela.

Ainara no solo inspira a miles de niñas y jóvenes a perseguir su sueño de convertirse en escritoras, sino que es ya un referente a nivel mundial en superación y motivación para todos nosotros. Muchas gracias por tu contribución para mejorar este mundo, Ainara. Mucho ánimo.